

TODO LO QUE SIENTO ESTÁ EN RELIEVE *FRAGMENTOS EXPRESIVOS DE UN NIÑO CIEGO**

Daniela Taborda Ochoa

Comunicadora de la Universidad de Antioquia y candidata a la Maestría en Estética de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Se desempeña como docente en la Fundación Secretos para Contar.

Correo electrónico: dani.tabochoa@gmail.com

RESUMEN

El presente artículo presenta una exploración sobre la percepción y la aprehensión del mundo por parte de niños ciegos que viven en el campo antioqueño y en la ciudad de Medellín. Habla sobre la construcción de los espacios que ocupan; tales como: la casa, el barrio, la vereda o la ciudad, y sobre cómo se orientan. El análisis se realiza a partir de la comprensión de sus relaciones propioceptivas y exteroceptivas con los objetos, la naturaleza y el otro, con el fin de dilucidar fragmentos sensibles o estetogramas que puedan esbozar la manera como estos niños perciben el mundo.

Palabras claves: espacio, cuerpo, ceguera, percepción, ciudad, ruralidad.

ABSTRACT

The present article is the result of the master's thesis in Aesthetics "Everything I feel is in relief" an exploration of the perception and apprehension of the world by blind children living in Antioquia countryside and blind children living in the city of Medellín. It talks about the construction of the spaces they occupy, such as the house, the neighborhood or the sidewalk, and the city, and how they orient themselves in them. Understanding its proprioceptive and exteroceptive relations with objects, nature and the other. In order to elucidate sensitive fragments or stetograms that can outline the way these children perceive the world.

Keywords: space, body, blindness, perception, city, rurality.

* El presente artículo es el resultado de la tesis de maestría en Estética "Todo lo que siento está en relieve"(2016). Adscrita a la Facultad de ciencias humanas y económicas de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín.

TODO LO QUE SIENTO ESTÁ EN RELIEVE *FRAGMENTOS EXPRESIVOS DE UN NIÑO CIEGO*

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), en el mundo hay aproximadamente 285 millones de personas con discapacidad visual; es decir, el equivalente a toda España, Italia, Francia, Alemania, Portugal, Austria y Suiza. De estas, 39 millones son ciegos y las otras presentan baja visión. Cada año, cerca de tres millones pierden la visión (una persona cada cinco segundos).

Colombia tiene registrados 1 143 992 casos de personas con algún grado de discapacidad visual, que representan el 43,5 % del total de discapacitados del país, según datos divulgados por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane). Además, de ese grupo, aproximadamente 18 952 son menores de cinco años y 83 212 son niños entre los cinco y los once años. Para 2015, Antioquia contaba con 40 062 personas ciegas distribuidas en sus 125 municipios.

Según las cifras del Dane, en el campo antioqueño habitan muchas personas ciegas, pero por razones culturales o por mantenerlas en un lugar protegido las familias campesinas han optado por resguardarlas en sus casas, alejadas de las escuelas y demás lugares de socialización e intercambio. Apenas en años recientes los niños ciegos o con deficiencia visual se han vinculado a la escuela y han salido de sus espacios íntimos.

«En el campo, o por lo menos en este municipio, sí he visto varios casos de niños ciegos. Me encuentro a las mamás en los controles en el hospital más que todo, pero ellos, estas familias que viven por allá tan alejadas creen que los niños ciegos tienen es un problema cognitivo, entonces no van a la escuela, son analfabetas, no reciben estimulación y, en muchos casos, hasta los esconden». Margarita Ceballos, madre de Alex (niño ciego), San Rafael, Antioquia (2016).

Uno de los mayores interrogantes al empezar esta investigación fue sobre el habitar del ciego en la ruralidad, pues existen en unas cifras ausentes. Desde el año 2014 he tenido la oportunidad de visitar 90 de los 125 municipios de Antioquia, con sus respectivas veredas y centros educativos rurales. En este recorrido el número de personas ciegas, entre niños y adultos, identificadas en lugares públicos (escuelas, veredas, corregimientos, cabeceras urbanas) osciló entre 6 y 10 personas. Incluso, en conversaciones con maestros rurales, habitantes de las diferentes veredas, arrieros y compañeros que llevan 12 años recorriendo las zonas rurales del departamento se señala que *es una rareza ver personas ciegas caminando por la vereda, en la escuela o en lugares como plazas o parques municipales*.

Por lo expuesto, surgió la intención de indagar por estas personas en diferentes municipios y veredas de Antioquia. Tiempo después, al encontrar niños ciegos en dos o tres escuelas, el interés por comprender su sensibilidad y cotidianidad fue lo que avivó la investigación que se presenta en este artículo. A partir de dicha

observación, se quiso contrastar estos estetogramas rurales con los estetogramas de otros niños ciegos habitantes de lo urbano, específicamente de Medellín, para encontrar posibles divergencias y correspondencias entre ambos espacios, desde la experiencia estética de cada uno de los niños.

El trabajo investigativo orbita en un escenario en especial: la ceguera. Este contempla las formas de vivir y habitar el espacio, el lenguaje y el porte, la corporalidad, el andar, el tocar, el oler y el imaginar (Mandoki, 2006). La estética no es una cuestión exclusivamente filosófica, sino cultural, social, comunicativa, política, económica, histórica, antropológica, cognitiva, semiótica y aún neurológica. El papel primordial que la estética tiene en nuestra vida cotidiana se ejerce entonces en la construcción y presentación de las identidades sociales.

Ahora bien, en este trabajo la ceguera no es tomada desde la carencia o la enfermedad, aunque sea precisamente desde allí de donde proceden las infinitas formas de la adaptación individual mediante la cual los órganos humanos, la gente, se adapta y se readapta al enfrentarse a los retos y las vicisitudes de la vida (Sacks, 1997).

En este sentido, los defectos, las enfermedades y los trastornos pueden desempeñar un papel paradójico; sacando a la luz capacidades, desarrollos, evoluciones y formas de vida latentes que podrían no ser vistos nunca o ni siquiera imaginados en ausencia de aquellos. Desde esta lógica, la paradoja de la enfermedad es su potencial creativo, que obliga al sistema nervioso a crear procedimientos y maneras que lo lleven a un desarrollo y a una evolución inesperados. Este artículo enfatiza en la integridad más que en las carencias de los niños.

A continuación, expongo los principales hallazgos del trabajo investigativo, fundamentados en cuatro categorías de análisis: *espacio y tiempo*, *percepción háptica*, *percepción sonora*, *lenguaje y representación*.

Espacio y tiempo

La percepción de un niño ciego no es global, es siempre sucesiva. Es decir, la percepción del espacio exterior, de los objetos y de la naturaleza se configura e incorpora en los ciegos de manera fragmentada. Mientras los videntes construyen un concepto de totalidad gracias al funcionamiento de sus sentidos en conjunto, y fundamentalmente a la vista —encargada de proporcionarnos un concepto global de las cosas—; los ciegos, por su parte, conocen lo otro por sus detalles, por las partes que componen el todo.

Esta habilidad de sumar la información relevante que va entrando en contacto con la mano es fundamental para el desarrollo de un conocimiento configuracional del espacio. Por tanto, los ciegos no llegan a representar mentalmente matrices de

relaciones espaciales globales. Una de las características de la codificación espacial en los ciegos es la duración de su proceso perceptivo. Mientras que la percepción visual, en la mayoría de las ocasiones, procede de una sola fijación y casi de manera instantánea, los sistemas hápticos en los ciegos recogen información a través de una secuencia de movimientos exploratorios e interrogatorios de la mano o del pie, sobre objetos y superficies a lo largo de contornos o trayectos específicos. Por lo tanto, la construcción del espacio les impone elevadas demandas de memoria y procesos de integración temporal.

Las personas ciegas integran más que cualquier otra persona el tiempo en el espacio. Se piensa, incluso, que viven más en el tiempo que en el espacio, pues su forma de habitarlo está condicionada por las distancias entre los enseres y los seres que los habitan, distancias todas ellas calculadas en tiempo. Los niños ciegos se vinculan con el tiempo a un ritmo distinto. Como lo expresa Lefevbre (1983), «la organización rítmica de lo cotidiano es en cierto sentido lo que es más personal, más interior. Y es también lo que es más exterior. Los ritmos adquiridos son a la vez internos y sociales» (pp. 48-49).

Una de las grandes habilidades de los niños ciegos es que llegan a aislar ritmos externos, sonidos en su mayoría, cuando se necesitan elevadas demandas de concentración a la hora de llevar a cabo procesos hápticos. Al hablar con ellos, dan cuenta de la conciencia que han adquirido de sus propios ritmos: los latidos de su corazón, la respiración, los movimientos de su dedo índice y, en general, de toda la mano. Los videntes, por el contrario, «solo estamos conscientes de la mayor parte de nuestros ritmos cuando comenzamos a sufrir de alguna irregularidad» (Lefevbre, 1983, pp. 48-49), pues pocas veces somos conscientes del proceso de la respiración o de la circulación, etc.

Sucede que los ciegos no registran el tiempo de la misma manera que los videntes. Para ellos no existe una medida externa del tiempo (el tiempo de un reloj o un metrónomo), pues se distingue fuertemente en ellos, más bien, una medida interna del este.

Los ciclos circadianos, ese espacio de tiempo que consta de 24 horas, que debe ser programado, medido y controlado, ha subordinado muchos aspectos de nuestra cotidianidad a un ritmo que nos traspasa y del que ni siquiera escapan los ciegos. No obstante, estos ritmos temporales de los niños ciegos constan de aspectos mucho más internos, que se van supeditando a medida que crecen. Es decir, por el hecho de ser niños, aún no sienten interés por orientarse en el tiempo cada hora. Sus ritmos se valen de relaciones más biológicas y sensibles con este tiempo circadiano. Los ciegos son conscientes del paso de las horas por la temperatura, los sonidos particulares de cada momento del día y las rutinas establecidas en el hogar y en la escuela. Sin embargo, en el trabajo de campo, los tres niños ciegos de la ciudad portan relojes en sus manos. Estos relojes tienen comandos de voz que les indican

la hora de forma literal. Para ellos es muy importante compartir y apropiarse de las cotidianidades de los otros. Sienten una profunda curiosidad de saber por qué el tiempo y muchos otros aspectos son tan significativos para el vidente. Además, como sucede con el lenguaje, el tiempo funciona como articulador de la realidad.

El espacio del niño ciego empieza a configurarse desde el propio cuerpo. Su piel, sus manos, sus pies y los órganos de los sentidos de los que dispone constituyen la plataforma central por la cual adquiere todo conocimiento referido al movimiento y al espacio. El hecho de que la existencia sea forzosamente espacial tiene que ver con el hecho de que los «cuerpos» ocupan un lugar.

La total ausencia de visión reduce la información sobre las claves de referencia externas y la redundancia de información, lo que significa que hay una menor coincidencia con la información recibida a través de otros sentidos. Este hallazgo implica que las personas con ceguera utilizan claves centradas en el propio cuerpo para resolver las tareas espaciales en vez de basarse en claves externas.

Otro de los resultados importantes es la configuración del espacio mediante cartografías mentales construidas por los niños. Espacios hechos por el número de pasos, escaleras y objetos componen los trayectos y dan cuenta de las distancias. También, mapas sonoros, que no solo referencian el lugar donde se encuentran, sino también de la temporalidad; es decir, sonidos del día, de la noche, de la mañana, del alba, entre otros.

La casa es el primer espacio en el que construyeron mapas mentales que cada uno elabora a su manera. Algunos llenaron este espacio de números, cuentan las escaleras, los niveles de la casa, el tiempo que se demoran en llegar a la cocina, las paredes entre habitaciones o los pasos que hay hasta el jardín. Este espacio se ha convertido en un lugar de memoria. Por esta razón, las familias intentan dejar los enseres siempre en la misma posición, pues cada objeto de la casa se ha convertido en una extensión de su cuerpo. La casa es uno de los pocos espacios, o tal vez el único, que les permite construir hábitos. Como dice Bachelard (1956), representan la función de habitar, hasta el punto de convertirla en réplica imaginaria de la función de construir.

Otros niños construyen sus mapas codificando señales o marcas sensibles permanentes en sus trayectos: objetos, paredes, la forma y la textura del suelo, los sonidos y los olores de las habitaciones. Estas cartografías espaciales, dicen ellos, se llevan a cabo al inicio; es decir, cuando están conociendo un espacio nuevo, pues después de haberlo memorizado y recorrido muchas veces, lo hacen de manera automática. La construcción de mapas espaciales cobra un valor importantísimo de comunicación con el exterior cuando los niños salen de su casa. La acción de cartografiar empieza cuando cierran la puerta de la casa a sus espaldas y se abren a un espacio más lejano, menos íntimo.

Otro de los elementos que necesariamente influye en la capacidad de los ciegos para representar el espacio es el tamaño de este. Es muy posible que los invidentes tengan una representación adecuada de los espacios relativamente pequeños (por ejemplo, su casa e, incluso, su barrio) y, sin embargo, tengan problemas para coordinar esos espacios entre sí (una ciudad). Es aquí donde se encuentra una de las mayores diferencias al analizar la percepción espacial que construyen los niños del campo y la configuración del espacio que llevan a cabo los niños ciegos de la ciudad. La razón de tal discrepancia se explicaba en virtud del número de objetos y relaciones que se establecen en ambos espacios. Para el niño ciego es más fácil incorporar y establecer rutas si los objetos que las componen son accesibles en número; pues entre más saturadas sean las rutas, más tiempo les toma identificar, extraer y después insertar dichas marcas y símbolos en sus trayectos.

Desde la exploración etnográfica con los niños, no solo de sus casas, sino también de las interacciones en la vereda o el barrio, la ruralidad en Antioquia se camina a un paso más lento. Las veredas, los caminos, las casas, los vecinos y las montañas poseen algo que en la ciudad se trastoca constantemente, y es la permanencia. Los cambios en las maneras de habitar y estar en el espacio son escasos aquí.

Esta permanencia en la existencia de las cosas hace que los niños ciegos que habitan el campo configuren su memoria de una manera más fácil e independiente; tanto en los procesos de orientación, movilidad y espacialidad. En los recorridos que se hicieron con los niños del campo, generalmente íbamos de la casa a la escuela, de la casa a la tienda o a un lugar especial que los niños frecuentaran. Los trayectos propuestos por los niños del campo fueron más largos que los que se llevaron a cabo con los niños de la ciudad.

Fue mucho más sencillo caminar con los niños rurales. Primero, porque son espacios compuestos por caminos poco transitados. Cuando un carro llega a la vereda sigue siendo un gran acontecimiento. En segundo lugar, son comunidades pequeñas, donde todos se conocen. Y, por último, las cartografías de estos espacios que hacen los niños ciegos están conformadas por marcas sensibles naturales del ambiente; tales como: el sonido del río, el cacarear de las gallinas, las voces de las personas en sus casas o en el camino, el ladrido del perro de la vecina... Fragmentos de sonidos, olores y sensaciones que han estado ahí hace mucho tiempo y que los niños han registrado y organizado para habitar de una manera sorprendente su vereda, su casa y su cuerpo.

Una de las aporías de este asunto es que un niño ciego que crece en el campo puede desarrollar, de manera más eficaz, temprana, espontánea y autónoma, habilidades perceptivas mucho más agudas que un niño ciego en la ciudad. Retomando las cifras que dan cuenta de la cantidad de niños ciegos en las ruralidades de Antioquia, en el año 2016 estaban registradas 41 062 personas ciegas distribuidas en los 125 municipios (Dane, 2016). Hablamos de personas, entre adultos y niños,

que habitan en espacios excelsos que posibilitan el desarrollo de habilidades y procesos sinestésicos mejor que en cualquier otro espacio. No obstante, las historias de Hellen Keller y Ana Sullivan son solo un espejo de la realidad de muchos niños ciegos que viven en las montañas antioqueñas.

Por su parte, en la ciudad, los mapas espaciales de los niños ciegos están muy cargados de señales que, a diferencia del campo, constituyen marcas sensibles, la mayoría creadas por el hombre. Al preguntarles por los sonidos que caracterizan un trayecto o un camino se identificaron entre 20 y 40 sonidos, dependiendo del trayecto, los cuales han tenido que registrar, decodificar e incorporar para conocer los espacios y orientarse en ellos. Asimismo, se han apropiado de una manera especial de las características de los andenes y las calles que transitan a menudo. Generalmente, estas características corresponden a escaleras, huecos en las aceras, postes de luz, contadores, hidrantes, marcas en el suelo, texturas, entre otros.

Laura, una de las niñas que participaron en esta investigación, tiene 9 años y vive en Manrique, una de las comunas de Medellín caracterizada por sus empinadas y angostas calles. En uno de los recorridos que hice con ella se observó cómo ubica el bastón dentro de una de las líneas que divide un enriado por el que debe pasar para ir a la tienda. Aunque esta línea no fue pensada o diseñada para tal fin, Laura encontró que el tamaño de la punta de su bastón se ajusta perfectamente. Esta y otras formas en el camino le sirven como puntos sensibles que van marcando y guiando sus pasos.

Para finalizar, la construcción del espacio constituye uno de los aspectos más importantes para el desarrollo del conocimiento humano, pues este no proviene exclusivamente del exterior obtenido a través de los sentidos. Como dice Piaget (1970), es un proceso de construcción continua cuyo punto de partida es un cierto equilibrio entre la asimilación de los objetos a la actividad del sujeto y la acomodación de esta actividad a los objetos.

He aquí la invención de lo cotidiano. Los espacios en los niños ciegos están llenos de figuras narrativas: los animales, el río, la lluvia, el frío o el calor, la misma forma del camino, los sonidos y las olfacciones que lo preceden, las plantas, las personas que lo transita y aquellas que lo habitan, lo que tocan y es tocado. Todo esto hace posible la fabricación de un plano geográfico hecho de relatos, fragmentos expresivos, estetogramas o marcas sensibles, que denotan la relación de los ciegos con el espacio. Son relaciones de sinécdoque donde las partes configuran el todo.

Percepción háptica

El tacto es el sentido más relevante para los niños ciegos. Gracias a él pueden recopilar información sobre su entorno y realizar las tareas de su vida cotidiana.

Este sentido les advierte no solo sobre las características de los objetos y las personas (su forma, tamaño, distancia y textura), sino sobre aspectos funcionales de las cosas; tales como la posibilidad de ser utilizadas como herramientas. Además, en la cotidianidad de los niños con ceguera, las habilidades hápticas son indispensables para desenvolverse de manera independiente en cualquier espacio; desde el más cercano o íntimo, hasta el espacio más lejano o desconocido.

El tacto en los ciegos es activo, mientras que en los videntes es un acto completamente pasivo. Para los ciegos, tocar representa un acto voluntario y secuencial; es analítico, requiere concentración, atención y esfuerzo. Les ofrece información parcial de los objetos, que luego integran para obtener una noción de lo percibido. Funciona para objetos que están próximos y de tamaño asequible a brazos y a manos.

La mano de un niño explora ansiosamente el mundo y las primeras impresiones que recibe de este son imágenes táctiles. No obstante, la mano no solo nos habla de la percepción, sino también de la representación y de la construcción del yo. Se encontró que los movimientos y los gestos de la mano del niño ciego son expresiones del carácter de la personalidad, en la misma medida que son la cara y los rasgos corporales. Las manos de estos niños poseen características y rasgos únicos; tienen una personalidad propia, unos movimientos y unas señas singulares.

Al mismo tiempo, descifran la belleza de otras personas a través de sus manos. Con las yemas de sus dedos escanean en detalle al otro (la textura de la piel, el exceso de peso, la firmeza de las carnes, los atractivos de la figura, la dulzura del aliento, los encantos de la voz y los de la pronunciación). Son cualidades que para ellos tienen mucha importancia. En este momento de discernimiento, el espacio personal del otro es atravesado por la mano que explora. En el caso de los niños que hicieron parte de esta investigación, todos pertenecen a núcleos familiares religiosos y conservadores, familias antioqueñas con costumbres recatadas, donde tocar al otro para conocerlo, o acercarse mucho si no se tiene la suficiente confianza, representa un acto desfachatado y hasta irrespetuoso. En los ciegos, las relaciones proxémicas devienen en gestos corporales y de la mano que desafían la manera como nuestra cultura concibe el cuerpo y los límites que se establecen a la hora de entrar en contacto con un cuerpo diferente.

Por tanto, la percepción de un niño ciego está siempre vinculada al comportamiento y al movimiento, a alargar el brazo y explorar. De manera más general, mediante repetidas experiencias del tacto, tienen memoria de sensaciones experimentadas en diferentes puntos: son dueños de combinar tales sensaciones o puntos para formar con ellos figuras que harán parte de su propio mapa espacial. Los movimientos de su cuerpo, la sucesiva presencia de su mano en varios sitios, la sensación ininterrumpida de un cuerpo que pasa entre sus dedos, les otorgan la

noción de dirección. No me extrañaría que tras una profunda meditación tuvieran los dedos tan cansados como nosotros la cabeza.

Percepción sonora

Las señales sonoras de los objetos también son codificadas con la ayuda del lenguaje, pues para alcanzar una comprensión de los sonidos y de las fuentes emisoras no basta con escucharlos, para ellos es igualmente relevante escuchar lo que dicen los demás de dichas señales. En este sentido, el oído, junto con la capacidad de hablar, son los principales vehículos de la comunicación interpersonal. En cierto modo, la escucha penetra más en profundidad que la vista porque nos da acceso a lo que piensan los demás, motivo por el cual favorece el desarrollo de habilidades sociales.

Además, las voces les permiten hacerse una idea física de las personas. Solo al conversar, pueden identificar la estatura, la contextura corporal, muy posiblemente la edad y, según ellos, si es una persona bonita o fea. Calibran la estatura por la dirección del sonido, que les llega de arriba abajo, si la persona es alta, o de abajo arriba, si es baja.

Desarrollan una memoria sorprendente para los sonidos y los rostros no nos ofrecen una diversidad mayor que la que ellos perciben en las voces. Estas tienen para ellos una infinidad de delicados matices que a nosotros, los videntes, se nos escapan porque no los observamos con el mismo interés que el ciego. Su capacidad de memorizar es mucho mayor que la de un niño que cuenta con todas sus habilidades sensoriales. Reproducen, de manera casi similar, los sonidos de los animales que habitan a su alrededor. Asimismo, tienen una capacidad especial de acercarse y aprender en muy poco tiempo otros idiomas, canciones, guiones de películas, conversaciones, mapas espaciales y trayectos. Incluso, memorizan palabras que no corresponden a su contexto cultural, que pocas veces usan en su lenguaje cotidiano y que es difícil que puedan relacionar con un algo concreto. Lo más asombroso es que dichas palabras o expresiones permanecen en su memoria, esperando la oportunidad para que el cerebro las relacione con algo y las articule.

Siguiendo con los aspectos que caracterizan la percepción sonora de estos niños, hasta hace muy poco se pensaba que la ecolocación (localización de los obstáculos a través del eco)²1 era una capacidad que no existía en la especie humana, pues para que un objeto refleje una cantidad importante de energía sonora hace falta que sea grande, por la relación con la longitud de onda del sonido utilizado. De esta manera, el ruido de los pasos permite percibir la proximidad de un peñasco,

¹ Término creado en 1938 por Donald Griffin, quien fue el primero en demostrar su existencia en los murciélagos de manera concluyente.

pero no detectar una rama de un árbol que corta un sendero. No obstante, las personas ciegas desarrollan emisores de sonidos cuyo eco permite percibir ciertos obstáculos gracias a su plasticidad cerebral. Si bien la percepción del eco no permite una detección exacta de los obstáculos, se debe anotar que les proporciona valiosos datos para la percepción del espacio bajo la forma del volumen del lugar en el que se encuentra el sujeto. De esta forma, el índice de reverberación, la selectividad del eco, su rapidez de decaimiento, su unidad o complejidad y, sobre todo, el plazo del retorno forman parte de la percepción auditiva del espacio (Balmori, 1998).

Su capacidad sonora es innegable. Según lo observado en los recorridos con los niños, específicamente con los que viven en la ciudad, se identificó cómo diferencian callejones cerrados de calles amplias y abiertas gracias a la profundidad y el reflejo del sonido que producen sus pasos, las voces, los sonidos de los vehículos, entre otros. Asimismo, en los espacios más conocidos y habitados, pueden reconocer cuando las puertas de una casa o un cuarto están cerradas o abiertas sin necesidad de verificar con otro sentido o de preguntarle a alguien que pueda observar desde la distancia.

También, reconocen los lugares que alguna vez han visitado utilizando su voz de manera fuerte. A veces lanzan gritos al aire para encontrar un reflejo determinado en las paredes de ese lugar, y también por los sonidos que hacen sus pasos sobre el suelo. Dicha estrategia también les funciona para medir el tamaño de los espacios.

Lo anterior expone algunas de las muchas habilidades sonoras que los ciegos congénitos desarrollan desde la infancia. Dichas percepciones, en principio, fueron acciones sensibles inconscientes. Con el paso del tiempo y el intercambio sináptico con el entorno, los niños han incorporado y han comprendido la capacidad de su aparato sonoro sensible. Los sonidos no solo les informan de la fuente que los emite, sino también del lugar donde se halla esta. Según las condiciones del espacio, pueden distinguir distancias, así como el tamaño, la forma y las características de las paredes de una habitación, reconociendo la clase de resonancia que producen. El espacio es percibido por la conducta que adquiere el sonido dentro de este.

Lenguaje y representación

En los niños ciegos el lenguaje funciona como un dispositivo que ordena su universo cultural. El lenguaje les permite comprender y construir imágenes de aquellos objetos y elementos de la naturaleza que no son accesibles a la mano, y que solo pueden entender a través de la verbalización y la palabra (elementos como las nubes, las estrellas, la luna, los colores, entre otros).

De igual forma, el lenguaje se articula tanto en lo que pueden tocar y aprehender desde su experiencia, como por los objetos que solo están a su alcance a través de las palabras, de lo que escuchan o lo que leen. De esta manera, las personas ciegas congénitas conceptualizan y ordenan los elementos de un ambiente que no han visto nunca, conjugando su experiencia con la de los otros que ven. La cultura y el lenguaje tienen una importancia fundamental para hacer que los ciegos comprendan el mundo, para darles al menos una comprensión formal de lo que no pueden percibir directamente. Su concepción lingüística deviene de significados preconcebidos por una cultura visual.

Dentro de las conversaciones que se entablaron con los niños ciegos se pudo identificar cómo la imagen ha permeado la manera de comunicarse con otros. El uso de palabras como *ver*, *mirar* y *observar* son recurrentes en su vocabulario. Se podría llegar a afirmar que la palabra *ver* la conciben casi indiscriminadamente, en lugar de la palabra *conocer*.

Además, las imágenes que los niños ciegos almacenan en su memoria provienen de recuerdos táctiles, por un lado, y del lenguaje, por el otro. Todo aquello que esté representado en forma tangible es capaz de reproducirlo, ya que sus manos son su fuente de información, son su soporte para adquirir y representar el conocimiento que tienen de un objeto que han memorizado, permitiéndoles imitar su forma.

Los primeros elementos empleados por los niños son objetos o juguetes a escala; figuras accesibles al tacto que representan animales, objetos o personas. Estos son usados por ellos como una referencia táctil que les otorga una descripción del mundo; por ejemplo, un elefante. Un niño ciego puede conocer e identificar su forma gracias al objeto que lo representa; es decir, puede copiar y representar la figura que ya ha palpado. Por esta razón, los ciegos son coleccionistas de cosas pequeñas. En las habitaciones de todos los niños que se observaron en el trabajo de campo, tanto en los de la ciudad como en los niños rurales, se encontraron juguetes a escala que guardan como tesoros.

Siguiendo el enunciado anterior, los niños son capaces de dibujar figuras con formas básicas como el círculo, el cuadrado, el triángulo y el rectángulo. Se trata de figuras geométricas básicas que, en relieve, pueden conocer, codificar y memorizar. Estas tienen una importancia significativa debido a que las utilizan y recurren a estas para crear una forma que, en su conjunto, pueden llegar a representar gráficamente. Con el tiempo, estas representaciones pueden llegar a ser gráficamente similares a las formas básicas hechas por las personas que pueden ver.

En tal sentido, el conocimiento de los objetos que no pueden percibir directamente está acompañado de descripciones y explicaciones verbales que los demás narran de las cosas que ven. El lenguaje les permite tener referencias e información

complementaria, tanto de los objetos que pueden tocar como de aquellos que escapan a sus dedos. Es así como el mundo ajeno a su inmediatez se vuelve más cercano.

No cabe duda de que la exploración táctil, sonora, olfativa y gustativa que cada niño ciego realiza de su cotidianidad, sumada a las experiencias compartidas con el mundo visual perceptivo, es puesta a su disposición gracias al lenguaje, las historias, los cuentos, las narraciones, el cine, la radio, la televisión, y todo aquello que deviene en palabras. Este enlace tan necesario constituye el sendero sensible por el que transita el niño ciego, del que aprehende parte por parte de manera secuencial, y en un lapso temporal más lento y pausado. Todo para llegar al mismo punto al que un niño que cuenta con todo su aparato sensible, pero a través de otro camino.

Lo anterior responde a una investigación de carácter exploratorio, pensada con la intención de acercarse y observar desde la estética una de las cotidianidades de Antioquia de la que poco se encuentran investigaciones en las áreas sociales y humanas que no decanten en las carencias y limitaciones de las personas ciegas o con baja visión. Este trabajo enfatiza en la integridad, el ingenio y la agudeza de los niños ciegos; en su estesis, en sus singularidades, en la construcción del yo y del otro, en sus espacios, en su corporalidad y en su manera sinestésica de tocar, escuchar, oler, memorizar. También, en la incidencia de la familia, la escuela y la cultura en la construcción de realidad.

Con este trabajo se alcanzaron, aunque pequeños, significativos peldaños. Son expresiones de una realidad que quedan sobre la mesa con el propósito de ahondar en la reflexión y el análisis de este basto y poco conocido universo de los ciegos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Balmori, A. (1998). El estudio de los quirópteros a través de sus emisiones ultrasónicas. *Galemys, SECEM*, 10 (1), 12-19.
- Mandoki, K. (2006). *Estética y comunicación: de acción, pasión y seducción*. Editorial Norma.
- Mandoki, K. (2006). *Estética cotidiana y juegos de la cultura: prosaica uno*. (1.^a ed.). Siglo XXI.
- Sacks, O. (1997). *Un antropólogo en marte*. Editorial Norma S. A.